

otra parte, cabe emprender la averiguación de las *valoraciones actuales*, o sea de la vivencia psicológico-social de valores, dentro de las condiciones empíricas en que el legislador debe colocarse, en tanto que intérprete de los afanes colectivos.

En todo caso, si se comprende que es imposible aislar cualquiera de las tres dimensiones que integran unitariamente el Derecho, y que, por tanto, se debe conservar siempre esa visión de unidad, la concepción tridimensional suministra criterios objetivos para la clasificación de las formas del saber jurídico, poniendo un poco de orden en el *mare magnum* de los estudios relativos al Derecho.

En esta nueva edición (la cuarta) de la *Filosofía del Derecho*, de Miguel Reale, el autor ofrece múltiples y muy valiosas adiciones, así como importantes reajustes más finos y más agudos de su pensamiento, y precisamente, de un modo muy especial en lo que atañe a su teoría tridimensional, así como también al concepto de bilateralidad atributiva, que Reale considera como nota esencial y distintiva de la experiencia jurídica.

En esta nueva versión, la obra de Reale aparece todavía más clara, más metódica, más sistemática y más didáctica; y con referencias a las últimas manifestaciones del pensamiento jurídico.

LUIS RECASÉNS SICHES

*Heráclito. Textos y problemas de su interpretación*, por Rodolfo Mondolfo. Prólogo de Risieri Frondizi. Trad. de Oberdan Caletti. Siglo XXI Editores, S. A., 1ª edic.

El simbólico nombre, y por lo mismo pleno de sentido, de la Editorial Siglo XXI responde indudablemente al espíritu, sobre todo abierto al futuro, de los hombres que la crearon y que tienen la voluntad de transmitir por su

medio a generaciones más jóvenes un mensaje maduro y libre en la cultura. Ese espíritu se revela en las 21 obras programadas y anunciadas en las solapas de la primera, aquí por reseñarse. Pero estoy seguro que especialmente el libro con que sale a la luz tan presagante empresa de difusión cultural concreta ese espíritu y quiere ser faro que ilumine la ruta. Porque Heráclito, con su casi insondable pensamiento de antinomia y enigma, resulta índice revelador para el hombre moderno, que se debate en los casos límites de todo saber y de toda ciencia. Esos casos límites pueden considerarse contenidos en la reflexión crítica del conocer sobre sí mismo, como la filosofía del lenguaje, la filosofía del método, la filosofía de la ciencia y, en síntesis culminante, la filosofía de la filosofía. En ningún filósofo antiguo está presente, como en Heráclito, una visión del ser, y por ello del conocer, donde se presentan y preanuncian los más agudos y característicos problemas del "saber" contemporáneo. Si la obscuridad atribuida a él tradicionalmente se refiere a y apoya en obstáculos reales de la transmisión "informativa", debe naturalmente admitirse. Otra obscuridad que le atribuyamos puede ser la obscuridad de los posteriores —de los mismos Platón y Aristóteles— y nuestra propia obscuridad poco inteligente, poco comprensiva. El sutilísimo profundizar de Kant y Fichte, o de Heidegger y Wittgenstein —junto con el inquirir aporético de Aristóteles—, puede instruirnos para distinguir la obscuridad —o luminosidad— real de la aparente: así podremos quizá entender el último sentido y objeto del pensar heraclíteo, y conectarlo con los problemas y propósitos del nuestro.

Para lograr el intento señalado quizá ningún libro en la literatura mundial filológico-filosófica griega puede ofrecernos el material tan acabado y completo sobre Heráclito que nos ofrece el libro de Mondolfo. En lo general

y en lo particular, en el fondo y en la forma, esta aseveración es perfectamente demostrable y no creo que ningún filólogo o filósofo pretendiera refutarla, sobre todo si pensamos que no se trata de la discusión de un problema especial acerca de Heráclito, sino de una visión unitaria y total de su pensamiento con cuantos problemas son y fueron suscitados en su interpretación.

La estructura del libro puede considerarse como modelo: en una primera parte se ofrecen al comienzo, siguiendo la disposición clásica, los llamados *testimonios*, y luego los *fragmentos*; la segunda parte expone primero sumariamente las interpretaciones más notables de Heráclito en nuestro siglo y después discute los testimonios de Platón y Aristóteles, dedicando mayor amplitud al primero; la tercera parte, que es la fundamental de la obra como aportación propia (y la más amplia: págs. 129 a 350) expone y discute en siete capítulos los temas capitales del pensamiento heraclítico: El logos y las oposiciones: La guerra y la justicia; El flujo universal y los fragmentos del río; La divinidad; El fuego y la conflagración; El alma y el conocimiento; Ética y Religión; Heráclito y la filosofía de su tiempo.

Según lo anterior, Mondolfo nos propone ante todo el punto de partida para nuestro conocimiento directo y personal de Heráclito (en lengua española, por supuesto): los fragmentos conservados de la obra del filósofo mismo, introducidos en cierta forma por los "testimonios" antiguos (en una nota preliminar a aquéllos el autor nos inicia en el problema de la reconstrucción del escrito de Heráclito); el texto griego de la versión italiana (y española) de los 139 fragmentos, considerados auténticos—hecha sin duda por Mondolfo—sigue, como es usual actualmente, a Diels-Kranz, y a Walzer.

Después del contacto inmediato con la palabra y el concepto del pensador de Efeso, Mondolfo nos relaciona, en un primer momento, con los grandes

filólogos contemporáneos, consagrados al estudio de la cultura y pensamiento griegos en general, y a Heráclito en particular, como Gomperz, Burnet, Jaeger, Gigon, Calogero, etc., con el fin de iniciarnos en las tan difíciles cuestiones de la hermenéutica heraclítica, ayudándonos a despejar un poco la obscuridad, el hermetismo y las paradojas en que nos sumió la lectura de los fragmentos. La actitud de Mondolfo no es simplemente expositiva sino sobre todo crítica, ya que su preocupación por Heráclito data por lo menos desde 1932, habiendo acopiado material y bases más que suficientes para decir por sí mismo una palabra decisiva sobre los problemas que el "oscuro" filósofo ha planteado desde siempre. En un segundo momento se enfocan puntos centrales de la temática heraclítica desde la perspectiva de los dos grandes sistemáticos de la filosofía griega. Aquí es importante el hecho de que Mondolfo no se deja llevar por corrientes extremas y un tanto ligeras sobre la validez de los testimonios de Platón y Aristóteles. Con fundamentos sólidos rehabilita sobre todo las afirmaciones del primero, ampliando las referencias textuales en los Diálogos, por más que no digan expresamente referirse a Heráclito. Comparando las palabras de uno y otro hace ver, a su vez, detallada y sutilmente, que los testimonios de uno y otro más bien se refuerzan por la coincidencia de los puntos de vista, bien entendidos.

En este punto de la obra empieza propiamente la investigación de Mondolfo y su aportación personal al conocimiento de Heráclito. De acuerdo con el título de esta parte—"Los problemas esenciales"—Mondolfo nos adentra aquí en las profundidades y sutilezas de la filología filosófica griega, tratando, en verdad, los temas capitales del pensamiento de Heráclito, como son el logos, la *coincidentia oppositorum*, el flujo universal, la imagen del río y el πάντα ὄντι, el fuego y la conflagración, etc.

Lo más notable en esta parte es el

aparato científico en que se apoya el tratamiento y discusión de los problemas. El conocimiento del estado actual de las investigaciones heraclitianas —y no sólo en lo básico, sino aun en las cuestiones secundarias— puede considerarse como exhaustivo. Para ello basta ver el índice de autores citados o, por ejemplo, la literatura aludida sobre la interpretación del logos en las páginas 129-130. Pero más importante al respecto es aún advertir a lo largo de la obra las constantes, numerosísimas referencias concretas y detalladas a los críticos, traductores, editores y estudiosos en general de la figura de Heráclito. En ello, así como en la sagacidad e inteligencia de sus pesquisas y puntos de vista, se nos revela el maestro de la filología filosófica griega que es Mondolfo —desde sus grandes obras: *El pensamiento antiguo* y *La filosofía del Griego*— y la autoridad de que goza en ese campo, comparable sólo con la de un Gomperz, un Burnet, un Cherniss, un Reinhardt, un Kirk, etc.

Especialmente esta parte de la obra —pero también la segunda— está estructurada como una confrontación con las tesis sostenidas por los otros grandes expositores y comentadores de Heráclito, como Calogero, Ramnoux, Kirk, Gigon, Reinhardt, así como con las opiniones de Burnet, Diels, Fraenkel, Th. Gomperz, Jaeger, Maddalena, Nestle, Zeller, etc. Puede decirse que con Reinhardt, se establece la polémica fundamental, pues Mondolfo rechaza decididamente la tesis de aquél, que pretendía transformar, por decirlo así, toda, o cuando menos, la central concepción sobre Heráclito como filósofo del devenir, fundada en la tradición de siglos y en testimonios evidentes. Es cierto que, como admite Mondolfo, la extrema posición de Reinhardt ha sido fuctífera para precisar el aspecto permanente —necesario por otra parte, aunque tampoco olvidado completamente— del principio de la concepción filosófica heraclítica. Pero el característico πάντα ἔει

de la fórmula platónica no puede en manera alguna ser descartado como ajeno o contrario, por lo menos a un aspecto o elemento esencial de la concepción heraclitiana del ser y del conocer.

Lo capital de este punto me sugiere transcribir textualmente la decisiva aportación de Mondolfo expresada en las conclusiones del capítulo segundo de esa tercera parte sobre “El flujo universal y los fragmentos del río”. Contra Reinhardt concluye:

“Que el πάντα ἔει tomado solo y privado del complemento indispensable de su opuesto haga imposible toda dogmática filosófica y, por lo tanto, la misma expresión de la doctrina heraclítica, ello lo demuestra precisamente el ejemplo de Cratilo, reducido a renunciar a todo discurso para limitarse tan sólo a los gestos. Pero la imposibilidad de reconocer en el ‘todo fluye’ la esencia única y total de la doctrina heraclítica no significa que se la deba excluir como elemento constitutivo o aspecto integrante y necesario de la misma. Es cierto que, como observa Gigon apoyándose también en los importantes estudios de E. Weerts, la oposición entre aseveradores del flujo y aseveradores de la permanencia es una falsa perspectiva que proyecta en el pasado un punto de vista posterior presentado por el eleatismo...”. En relación con los puntos de vista de Kirk puntualiza Mondolfo: “Kirk insiste en poner el acento sobre la conservación constante de la medida y del equilibrio también en las cosas particulares, para fundar su tesis de la conservación perenne del cosmos y excluir de la doctrina heraclítica la idea de la conflagración periódica o alternativa cíclica de formación y destrucción del mundo. Pero, como se ha dicho, no se le escapa, por otra parte, que si Heráclito no hubiera admitido el cambiar o el perecer también para las cosas aparentemente estables [montañas, rocas, etc.] habría negado en ellas la παλίντονος ἀγομνὴ que asegura la continuidad de la trasmutación entre los

opuestos. Lo cual equivale a reconocer no sólo que en cada ser, ya sea el fuego universal o cualquier cosa particular, Heráclito veía la presencia y la acción de tensiones opuestas que hacían de ello un divergente convergente, sino también que justamente estas tensiones opuestas determinan necesariamente en todas las cosas el ininterrumpido tránsito (aun si lento y gradual) de un contrario al otro. Pero ¿qué otra cosa es reconocer esto sino afirmar el flujo universal (πάντα ῥεῖ) como genuina doctrina heraclítica?

“Así caen también las objeciones contra ésta, y sólo queda establecido que el flujo heraclítico es interminable tránsito de un contrario al otro, y en este sentido es también afirmación de permanencia de la realidad tanto del principio universal (eterno) cuanto de los seres particulares (temporales).”

Sería imposible en una nota como la presente señalar en detalle todas las valiosas aportaciones de Mondolfo para la solución de tantos difíciles y oscuros problemas en la interpretación del pensamiento heraclítico. Pero todo estudio de la filosofía griega e interesado en Heráclito debe quedar plenamente convencido de que la lectura de esta obra cumplirá sus deseos y esperanzas de encontrar luces decisivas para entender mejor el misterio del “oscuro” filósofo. Y al lector profano y medio no debe alejarlo el aparato filológico de la obra, pues en un filólogo y pensador de la talla de Mondolfo, con tantas décadas consagradas al estudio del pensamiento griego, los necesarios fundamentos científicos son sólo comprobación y peldaño para elevarse a conclusiones y visiones teóricas, generales, incorporables sin duda en nuestra visión del espíritu griego, que es quizá la más alta manifestación del espíritu humano mismo.

BERNABÉ NAVARRO

Enrico Castelli: *Simboli e immagini. Studi di filosofia dell'arte sacra*. Roma, Edizioni Rinascimientto, 1966 (Centro Internazionale di Studi Umanistici).

“Apuntes críticos sobre la iconografía de pinturas pertenecientes a épocas diversas, en donde el problema de lo bello no está en primer plano.” Así define el profesor Castelli Gattinara, autor de *Simboli e immagini*, el contenido del volumen.

Se trata de siete ensayos (u ocho, si consideramos la introducción, que de hecho tiene ese carácter) cuyo argumento, aunque cercano, no cabía exactamente en el marco de las reflexiones que el profesor Castelli desarrolló en *Il demoniaco nell'arte*, su otro volumen de no muy lejana aparición; y que de alguna manera complementan y dan elementos de discusión relacionados con los temas “Mito y fe” y “Desmitificación y moral”, que fueron los de los últimos simposios convocados por el Centro Internacional de Estudios Humanísticos de Roma, que es la institución bajo cuyo amparo se dio a la imprenta el libro que comentamos. Lo cual, por cierto, ya es una especie de garantía, si recordamos la importancia de las publicaciones del Centro, generalmente los resultados de los simposios y congresos reunidos bajo su égida, algunos de ellos de la mayor importancia: baste tener presentes volúmenes como *Retorica e barocco* y *Umanesimo e scienza politica*, que tanta trascendencia han tenido dentro de sus respectivos campos de estudio.

Los ensayos del profesor Castelli son, pues, estudios referentes a obras de arte, pero que no consideran el valor estético, sino que justamente se desentienden de él. En ese sentido el libro corresponde con la orientación general de la literatura artística en la Italia de nuestros días, trátese de historia del arte, trátese de crítica de arte, o —como es el